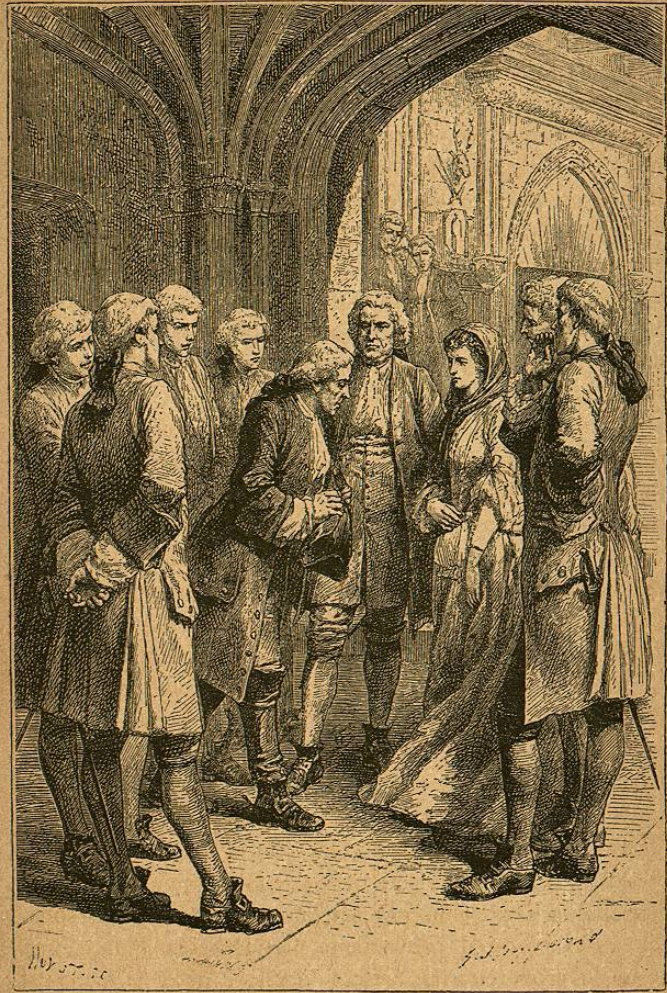


de la vida social, para satisfacer pasiones que la Iglesia les encarga reprimir; mas el premeditado designio de emprender la educación de una infortunada huérfana, noble de nacimiento y enlazada á la propia familia, con el pérfido intento de seducirla algún día; semejante plan, digo, revelado con todo el calor de una virtuosa indignación por aquella que debía ser víctima del mismo, me pareció exceder en infamia á cuanto se me había contado en Burdeos. Después de ello, difícil había de serme encontrar á tamaño monstruo sin que se desbordara el horror que me inspiraba. Y, no obstante, fuerza era contenerme, no sólo por efecto de las misteriosas alusiones de Diana, si que también porque no tenía yo pretexto decoroso para provocar un lance con Rashleigh.

El partido que me propuse fué el de oponer al disimulo del propio Rashleigh una prudente reserva durante el tiempo que estariamos juntos, y, con motivo de su partida, advertir á Owen que se pusiera en guardia, describiéndole el personaje, y velara con mayor ahinco los intereses de mi padre. «La avaricia ó la ambición, — pensé, — pueden ejercer tan gran atractivo, y mayor tal vez, sobre un alma del temple de la de Rashleigh, que el culpable libertinaje. La energía de su carácter y su habilidad en cubrirse con la máscara de todas las virtudes habrían de granjearle extrema confianza, y no era cosa de esperar que la buena fé ó la gratitud le impidieran abusar de ella.» La tarea era bastante delicada, sobre todo en la posición en que me encontraba yo. La desconfianza que me proponía despertar podría achacarse á celos contra un rival que iba á suplantarme en la gracia paterna. Sea como quiera y estimando indispensable el prevenir á Owen, (quien, prudente y circunspecto, sabría sacar el conveniente partido de las indicaciones que yo le proporcionara,) escribíle una carta y la mandé al despacho de postas para la primera salida.

Al hallarnos otra vez juntos, Rashleigh pareció, lo mismo que yo, dispuesto á desbrozar el terreno y á evitar todo pretexto de disputa. Creería, probablemente, que la conferencia que había celebrado yo con su prima no le había sido favorable,



Rashleigh abandona el castillo de Osvaldistone.

siquiera ignorase que se me había revelado la infamia de su conducta. Guardamos, pues, el uno para con el otro, mútua reserva, cambiando sólo frases indiferentes.

Durante los pocos días que hubo de pasar aún en el castillo, dos cosas me chocaron en él. Fué la primera la facilidad casi instintiva con que su inteligencia, activa y fuerte, se asimiló y coordinó los elementos de su nueva profesión, estudiando sin tregua y complaciéndose hasta en hacer gala de sus progresos, como para demostrarme cuán leve era para sus músculos el peso que me había creído yo impotente é inhábil para soportar. Otra circunstancia aún más singular fué la de que, á pesar de los cargos hechos á Rashleigh por miss Vernon, celebraron ambos muchas, largas y secretas conferencias, sin que sus relaciones en público parecieran más íntimas que de ordinario.

El día de la partida, Rashleigh se despidió de nosotros. Su padre recibió el adiós con indiferencia; cada uno de sus hermanos con la mal disimulada alegría de estudiantes que ven marcharse al pedagogo, y yo con indiferente cortesía. En cuanto á Diana, no bien se adelantó él para saludarla, retrocedió con aire desdenoso y le dijo con altanero gesto:

— ¡Adios, Rashleigh! ¡Que el cielo os premie el bien que habéis hecho, y os perdone el mal que habéis querido hacer!

— ¡Así sea, bella prima! — contestó en tono compungido que le provenia, á lo que creo, de sus costumbres de seminario. — ¡Dichoso aquél cuyas buenas intenciones han dado fruto y cuyos malos pensamientos han perecido en germen!

Estas fueron sus últimas palabras.

— ¡Qué hipócrita! — díjome miss Vernon viéndole alejarse. — ¡Cuán engañosas son las apariencias, y cuán poca diferencia existe entre lo que se aborrece y lo que se venera más! (1)

---

(1) Esta observación, como otras muchas de la presente novela, explica el criterio digno de Walter Scott en la cuestión religiosa, honrando la imparcialidad del gran escritor. Los lectores habrán notado ya y observarán más aun, en el decurso de la narración, que lo repugnante para W. Scott y lo que censura duramente no es la fe sincera y la práctica leal de los deberes católicos, sino el fanatismo, la hipocresía y la doblez, que perturban las conciencias é inducen á la perpetración de toda suerte de hechos nefandos.

Había dado yo á Rashleigh una carta para mi padre y algunos renglones para Owen, aparte la misiva de que he hablado ya y que, por vía de prudencia, había mandado por otro conducto.

Natural hubiera sido aprovechar la ocasión para ilustrar á mi padre y á mi amigo acerca de mi situación verdadera, la cual sólo servía para perfeccionarme en el arte de la caza y hacerme perder, entre palafreneros y mozos de cuadra, los conocimientos útiles ó el talento de sociedad que antes adquiriera. ¿No hubiera podido expresarles el fastidio y el disgusto de que era víctima estando entre personas cuyo único afán consistía en divertirse groseramente; condolerme de la acostumbrada intemperancia de mis compañeros y del mal humor del castellano cuando rehusaba yo imitar su ejemplo? Este último punto, en especial, no hubiera dejado de alarmar á mi padre, hombre de rara sobriedad, y el hacer hincapié en ello me abriera, de seguro, las puertas de mi cárcel, abreviando la duración del destierro ó procurándome, á lo menos, un cambio de residencia.

Tales eran los inconvenientes con que hubiera debido trazar yo el cuadro destinado á mi padre, á fin de recabar permiso para abandonar el castillo de Osbaldistone. Si: nada más sencillo que obrar de tal manera; y, no obstante, es lo cierto que no hablé palabra de ello. Sustituí Osbaldistone por Atenas, en su antiguo esplendor, con sus sabios, poetas y héroes, y no hubiera tenido menos impaciencia por dejarla.

Cuantos hayan conservado, en el fondo de su alma, algunos destellos del fuego de la juventud se explicarán, sin trabajo, mis reticencias. La exquisita beldad de miss Vernon, de la que ésta parecía darse apenas cuenta, su situación novelesca y misteriosa, los peligros que la cercaban y el valor con que hacía frente á ellos; sus modales, más libres de lo que convenía á su sexo, pero cuya libertad provenía de su propia inocencia, y, sobre todo, la halagüeña preferencia con que abiertamente me honraba, eran otros tantos motivos para interesar mis sentimientos, estimular mi curiosidad, poner en juego mi imaginación

y acariciar mi vanidad juvenil. ¡Y pensar que no me atrevía á confesarme á mi propio el apasionado interés que la joven me inspiraba y el preferente lugar que ocupaba ya en mis pensamientos!

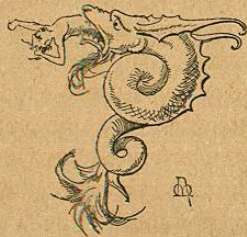
Lecturas, paseos, excursiones hasta en horas de descanso: todo fué común entre ambos. El curso de sus estudios, suspendido á su ruptura con Rashleigh, continuó bajo los auspicios de un maestro cuyas miras eran más puras, aunque su genio fuera mucho más modesto.

En efecto: carecía yo de las cualidades indispensables para auxiliarla en ciertos trabajos serios que emprendiera bajo la dirección de Rashleigh y más propios de un eclesiástico que de una linda mujer. Ni siquiera me explico con qué intento había él impulsado á su discípula en el sombrío dédalo de las sutilezas que los pedantes llaman filosofía, ó en el estudio de ciencias igualmente abstractas, aunque más positivas, de las matemáticas y de la astronomía. Tal vez había intentado borrar, con ello, del espíritu de Diana la idea de diferencia de sexos, acostumbrándola á argucias del raciocinio á fin de servirse de ellas, en su día, para prestar al mal la apariencia del bien.

Con idéntico propósito, y en esto sin gran disimulo, Rashleigh había alentado á miss Vernon á que se colocara por sobre las formalidades ceremoniosas de que se rodean las mujeres, como de una muralla, en la sociedad moderna. Verdad es que, privada de la compañía de personas de su sexo, la muchacha no podía aprender con lecciones ni ejemplos, las reglas del bien parecer. Empero fué tal su natural modestia y su delicadeza en discernir el mal y el bien, que no hubiera adoptado, por propio impulso, las maneras atrevidas y caballerescas que tanto me sorprendieron á nuestro primer encuentro, si no se la hiciera creer que el desprecio de las exterioridades indicaba, á un tiempo, superioridad de espíritu y confianza en la inocencia. Su innoble maestro abrigaba, sin duda, miras particulares al arrasar los obstáculos que la prudencia y la reserva elevan en torno de la virtud. Mas de semejante crimen, como de los restantes, hace mucho tiempo que ha respondido ante el supremo tribunal!

Aparte los adelantos que miss Vernon (cuya viva inteligencia se asimilaba, con tanta facilidad, los medios todos de instruirse,) había realizado en el estudio de las ciencias, poseía un pasable barniz con respecto á lenguas vivas, dominando la literatura antigua y moderna. Si no estuviera fuera de duda que las inteligencias vigorosas se desarrollan tanto más de prisa cuanto más el auxiliar parece faltarles, sería poco menos que imposible creer en una marcha tan rápida como aquella á través del campo de los conocimientos humanos. Y haciase más notable todavía después de comparar los que la joven sacaba de los libros con su completa ignorancia del mundo. Presentábase inteligente en todo, desconociendo sólo lo que ocurría á su alrededor. Era, á mi entender, la ingenuidad, la ignorancia misma de los detalles vulgares, su violento contraste con aquella instrucción tan variada que prestaba á su conversación irresistible encanto, encadenando, por decirlo así, la atención á su paso, ya que jamás podía preverse si la palabra que iba á decir ó el acto que iba á realizar denotarían la penetración más fina ó la mayor naturalidad.

El peligro al cual corría fatalmente un joven, de pasiones ardientes, viviendo sin cesar en trato íntimo con una persona bella, amable y seductora, lo someto á la consideración de aquéllos que no habrán olvidado los sentimientos que probaron á mi edad.



#### CAPÍTULO XIV.

De la ventana de mi dama escapase un rayo de vacilante luz. ¡ Oh, hermosa mía! ¿ Por qué tu lámpara brilla á la hora solitaria de media noche?

*Balada antigua.*

**L**EVÁBASE, en el castillo de Osbaldistone, un género de vida demasiado uniforme para que valga la pena de describirlo.

Diana y yo consagrábamos la mayor parte del día á nuestros estudios predilectos, en tanto que la restante familia mataba el tiempo solazándose conforme á la estación. A veces pasábamos á reunirnos á ella.

Mi tío, hombre metódico ante todo, congenió tan bien con mi presencia y mi sistema de vida, que prefirió, en definitiva, verme tal cual era á contemplarme de otro modo. Cierto que me granjeara mejor su aprecio con apelar á los mismos artificios que Rashleigh, quien, prevaliéndose de la aversión de sir Hildebrando por los negocios, se había inmiscuido, poco á poco, en la administración de los bienes. Puse, de buen grado, á la